



# DOCUMENTOS



...  
 ...  
 ...  
 ...  
 ...



**José Vasconcelos**  
1882 - 1959

## **DE ROBINSON A ODISEO**

*(Fragmento, 1935)*

NO ES POSIBLE abordar el problema de la educación universitaria en la América española sin tomar en cuenta las reformas de fondo, pero en muchos sentidos catastróficas, que se realizaron en nuestro continente desde 1860 a 1900. Primero, bajo el liberalismo; después, bajo el positivismo. Conquistó este último influencia decisiva a fines del siglo XIX, y en México logró acabar con la Universidad. Se tuvo ésta como un concepto medieval inadaptable al periodo científico auspiciado por Comte, y se reemplazaron las humanidades con un tipo de liceo o de colegio nacional ensanchado, que recibió el nombre de Escuela Nacional Preparatoria. La doctrina del método nuevo se comprendía diciendo que todo conocimiento viene de la experiencia y que ésta no es científica y, por lo mismo, válida si no se ajusta a la prueba física que condiciona el efecto a la causa con rigor matemático. No hay, entonces, verdad ni principios absolutos, sino sólo una serie de leyes constantes, pero de valor relativo, y el único absoluto es que todo es relativo. La enseñanza se organiza, en consecuencia, partiendo de las matemáticas y terminando en la sociedad, o sea, de lo homogéneo a lo heterogéneo, según el plan comtiano, y considerando a la sociedad como el más alto y final fin del mundo visible y gobernante por la experiencia, único mundo digno de ser considerado por el juicio científico. El juicio mismo era un producto del hábito fisiológico y había que estudiarlo evolutivamente en la experiencia prolongada de la especie y de acuerdo con la doctrina del evolucionismo Spenceriano.

No es el momento de discutir la tesis; únicamente señalaremos sus efectos en la organización de la enseñanza. Tomando en serio a Spencer, que desecha el mutacionismo como suceso sin trascendencia en el proceso de la evolución, por su cuenta los discípulos y la literatura. La filosofía, en su totalidad, fue arrojada de

las aulas como antigualla y reemplazada con la sociología, que explica el alma como el *double* que sueña el salvaje cuando ha comido con exceso después de una dichosa cacería. En cambio, las enseñanzas científicas fueron perfeccionadas, instaladas casi con lujo. La biología, la fisiología, la física y la química dieron base a toda la educación impartida. Por aquel tiempo, incluso el problema del ser lo buscábamos en los residuos de la probeta del laboratorio experimental.

Es preciso tener en cuenta esta situación, que, con todos sus absurdos, nos colocaba en posición más ventajosa que la de aquellas naciones que todavía no se enteran de la ciencia o empiezan apenas a hacerlo y se dejan llevar, por lo mismo, de métodos y filosofías como el hegelianismo y el fenomenologismo, desarrollado el primero al margen de la ciencia y el segundo como falsificación del laboratorio, arbitraria idealización del hecho psicológico. El positivismo está hoy superado, pero debemos agradecerle que nos librara en América del candor que sale de la escolástica y sin pasar por el laboratorio se establece en la neoescolástica fenomenológica, creyéndose instalado en la ciencia.

Nosotros creemos con los ideólogos positivistas o científicos, y también con los filósofos que han superado el concepto científico (Bergson, Boutroux, Poincaré, Meyerson), que en el siglo que corre no hay derecho a hacer filosofía si se desconoce la disciplina científica experimental. O sea, que a lo material no se le puede aplicar otro criterio que el crítico experimental. Y al restaurar la Universidad hemos respetado la sólida conquista que significa el saber darle a la materia el trato que corresponde, es decir, el que se deriva de la física, la química, o la biología. No el trato de la lógica ni el de la descripción exterior objetiva fenomenológica ni tampoco el trato escolástico. Y sin necesidad de comprometernos en neoescolásticas hegelianas a lo Croce o de tipo pseudoexperimental a lo Husserl, procuramos ahora no conciliaciones ni sustituciones, sino simplemente un deslinde de las condiciones del saber. Y una disciplina adecuada a los casos que dejaba sin solución el método exclusivo de la ciencia experimental. Una disciplina de conocimiento aplicable a los temas que no son físicos. Para hallarla, procuraremos apartarnos lo menos posible de la disciplina científica experimental; así como el neotomismo procura no apartarse de la razón, nosotros no buscamos un cambio de moda filosófica, sino el hacer cabal una situación ya firme científicamente. Porque habíamos vivido la revolución científica, no podíamos volverle la espalda. Aún para superarla teníamos que contar con ella, y buscamos suplirla allí donde falla, dejándola intocada allí donde acierta. He ahí por qué no podemos nosotros aplicar a la realidad material idealismo. Sabemos demasiado bien cuál es su propio método.

Ni podemos conformarnos con el behaviorismo o teoría del comportamiento norteamericano, cuando pretende llegar al dominio del espíritu. Ni pragmatismo yanqui ni fenomenologismo. Mucho menos, evolucionismo spenceriano, para

nosotros antisocial. Tal es la posición del pensador filosófico en la América hispana, gracias a la ciencia francesa y gracias también a la antigua tradición española, que se distinguió en la investigación de los problemas del alma y no prescinde del alma. Para lograr nuestra síntesis nos hace falta ponernos a traducir del alemán como antes tradujimos del francés y el inglés. Ha bastado con restablecer en nuestra Universidad ciertas disciplinas que una época fanática eliminó en nombre de la ciencia positivista. Por ejemplo, las Humanidades, que nos dan un concepto del saber en su conjunto secular y, por lo mismo, nos defienden del peligro de la *última moda* filosófico-literaria. El conocimiento de la sabiduría antigua equilibra el ánimo. Ni positivistas ni pragmatistas ni fenomenistas perdurarán cuando el saber se unifique. El dicho de Shakespeare, «hay en el mundo más de lo que imagina tu filosofía», podrá alguna vez no ser exacto, pero conviene tenerlo presente cuando se estudian simples fenomenologías. Restablecimos, pues, en nuestras universidades, con derecho pleno, el estudio de las humanidades, con las lenguas muertas, latín y griego, de que abominaba Spencer, pero que sus connacionales han seguido estudiando mientras nosotros, monos de América, nos decidimos por el gesto que las anulaba. Y con asombro del positivismo, refugiado en unas cuantas almas envejecidas, nuestras universidades restablecieron la enseñanza de la historia de la filosofía y de la metafísica.

La Universidad ha vuelto desde entonces a ser lo que fue y lo que interesa al porvenir que siga siendo: una Universidad de conocimiento, sin otra limitación que el rigor científico según cada rama de la actividad cultural del hombre. Y, sin preocuparnos de que no nos acomode ninguna etiqueta extranjera, nuestra filosofía irá saliendo de nuestra Universidad; una filosofía que a la materia le trate como experiencia y al espíritu como sabiduría. Buscarle expresiones a tales doctrinas es deber de nuestra intelectualidad. Física como ciencia, ética como práctica y estética como camino de la universalidad, que es siempre religiosa. He ahí una orientación completa y que logra el milagro de reconciliar nuestro pasado con nuestro presente un desperdicio de la era científica intermedia. Asentada según queda dicha la posición filosófica de nuestra Universidad, examinaremos la manera como ha de funcionar en sus distintas ramificaciones.

Tomará a su cargo la Universidad, en primer término, la elaboración del programa de la enseñanza secundaria exigible para todas las carreras. A este respecto, el plan comtista de dar a todos los alumnos, independientemente de la profesión a seguir, un conocimiento intenso y ligado de la ciencia, desde las matemáticas hasta la sociología, resulta eficaz si no se exige demasiado. Ciertas especulaciones de la matemática, como el cálculo integral, se aprenden para pasar el examen, pero luego, con el desuso, borrábanse del todo de la mente del abogado, del médico. Al mismo tiempo, las condiciones económicas del momento recomiendan un acortamiento en el tiempo de los cursos. Y al restablecerse, por ejemplo, el latín y la filosofía como obligatorios para el abogado y el médico, no

es ya posible exigir cursos extensos de matemáticas. Conviene, entonces, formar planes coherentes y, hasta cierto punto, completos, pero con la elasticidad necesaria para que el médico pueda dedicar más tiempo a la biología, y el abogado a la lógica, etcétera. El ingeniero, en cambio, estará obligado a recorrer todo el programa matemático, siendo para él optativa la filosofía o el latín. El peitro químico estudia alemán, pero no es obligatorio el alemán para el abogado, y así sucesivamente.

Al erigirse en reguladora de la enseñanza media, nuestra Universidad asume el papel directivo de la opinión ilustrada de la nación. Los problemas llegan a ella no sólo para ser investigados, sino también para ser resueltos. Desde su más elemental actuación, ya sobrepasa el papel de instituto profesional limitado a constituir doctorados.

Una intervención decisiva en el conjunto de las actividades sociales; no debien conformarse con menos una Universidad nacional. Y, al efecto, ha de preocuparse no sólo de investigar y conocer, sino también de definir una doctrina. Pues, ¿adónde, si no es a sus universidades, puede acudir un Estado para resolver sus problemas de economía y de trabajo, sus cuestiones constitucionales y de política?

Los partidos representan intereses particulares, la autoridad se inclina al abuso, la magistratura cae en la ruina; sólo en la Universidad podrá hallarse viva la sabiduría que orienta a los pueblos. No basta, aunque es necesario, abrir clases libres donde todos los aspectos de una ciencia sean considerados; urge también que la Universidad aconseje el sistema a seguir dentro de las circunstancias. La elección de la norma eficaz entre los datos y las contradicciones de la ciencia social suele ser tarea comprometida y difícil. Por lo mismo, la cumplirá mejor que otro el universitario si se mantiene leal a su universalismo, que le presenta los intereses del hombre como un todo jerárquico; por encima del *homo faber* y el hombre económico, el hombre inteligente y el hombre generoso. Como criterio de acción, el más elevado amor del hombre total, no sólo del hombre económico o estético. Digamos el interés del ángel sobre el interés del hombre, para colocarnos de una vez por encima de totalismos reducidos, inevitable consecuencia del simple humanismo.

Provista así de un criterio, a cada una de las disciplinas parciales lo aplicará con decisión. Por ejemplo, aprovechará la historia para desacreditar ciertas prácticas como el cesarismo, pústula de corrupción y padre legítimo del caudillaje de Iberoamérica. En historia como en moral y en política, la Universidad abrazará un criterio. Si la paga el pueblo con los impuestos, justo es que defienda la democracia, única forma civilizada de gobierno, con tal que eleve al mando a la aristocracia de la aptitud, demostrada con ciencia, competencia y activo amor del pueblo. Constituir esta aristocracia es como sacerdocio juramentado con la verdad.

y el más alto interés humano, por encima de la política; tal es otra atribución de la Universidad contemporánea.

El régimen universitario nunca será el del regimiento, que busca igualar estaturas; las almas no son homogéneas ni conviene que lo sean. En la Universidad deben hallar refugio todas las singularidades nobles. Así se vea obligada a practicar el nacionalismo, la Universidad gana fuerza para el plan nacional si asimila doctrinas y temperamentos de la más variada índole. En su posición frente a lo individual, la Universidad exigirá que cada cual rinda su máximo. Y cada uno tendrá presente que no es tarea de la Universidad recortarnos el ánimo, sino disciplinarlo para que sea provechoso su crecimiento.

Nunca dejará de ganar puesto de honor en la Universidad el enclenque de genio, pero es menester que la Universidad exija al promedio de sus alumnos ese porte varonil y recio que se adquiere en ciertas instituciones de enseñanza militar y que tiene sobre el viejo *mens sana in corpore sano* la ventaja moral del sacrificio por el ideal que nos supera, el espíritu de la caballería que supo inventar el cristiano. El universitario yanqui, sin llegar a la rigidez del soldado, se distingue por la apostura atlética, cuya moral es el servicio del débil y no la pretensión de sojuzgarlo.

En nuestras escuelas decaídas de ese siglo XIX, para nosotros nefasto, y todavía en no pocos institutos, el gremio estudiantil se inclina a vivir cierta bohemia, fingimiento de hipotéticas genialidades y en realidad anemia del cuerpo y anarquía del alma. El desprecio del ejercicio físico es consecuencia obligada de tal actitud, y de ella se sale haciendo obligatorio el gimnasio y, además, infundiendo en las clases de historia y de ética y filosofía un concepto optimista de la vida, no con optimismo a lo Babbitt porque todo está bien, sino con heroísmo cristiano, que pese al mal libra la batalla del fin último. Pesimismo heroico, pesimismo alegre hemos llamado alguna vez esta posición no vitalista ni idealista, sino supersocial y sobrenatural, genuinamente de espíritu.

En seguida, el deporte ha de presentarse como una actividad varonil, cómoda y dichosa. Rodear al estudiante de oportunidades para el ejercicio físico y aun aceptar como puntos de examen ciertas pruebas (práctica establecida en Norteamérica), organizar concursos y, en una palabra, contagiar el entusiasmo atlético tal y como se propaga una doctrina estética; he ahí la política deportiva recomendable. Una vez que el entusiasmo ha cundido, por eliminación espontánea se ausentarán de la escuela los que, sin dotes extraordinarias mentales, repugnan el ejercicio por pereza y no por afición al ensueño. Por otra parte, el reglamento sabrá acumular todo género de presiones indirectas para que se eliminen de la Universidad todos los inútiles. Conviene, desde todo punto de vista, que nuestra Universidad conserve la tradición de ofrecer sus servicios gratuitamente a todas las clases sociales; pero esto mismo la obliga a la severidad contra aquellos que van

a la Universidad tan sólo para escapar a trabajos que les parecen duros. Muchos, que tanto beneficio harían trabajando con las manos, acuden a las aulas para sudar sobre los libros. La grande y culpable lenidad de las pruebas aumenta cada año este ejército de parásitos juveniles, alimento de la burocracia que pesa sobre nuestra economía. Todos los medios de eliminación del estudiante son buenos en la condición en que hoy se encuentra la Universidad. Y no hay razón para no aprovechar la rebeldía contra el deporte como una de las causas de la suspensión, y siempre que en otras ramas no demuestre el alumno alguna extraordinaria capacidad. Deshacerse de los ineptos es en toda institución saludable necesidad. Y si no recomendamos el sistema de paga de Norteamérica es porque entre nosotros la clase media y la baja son tan pobres que imponerlo equivaldría a cerrarles el acceso a las profesiones. Además, cada día que pasa el rico es el extranjero, y llegaría un momento en que no contaría ni con sus colegios el hombre de estirpe nativa. Un sistema medio que yo impuse dio los mejores resultados: hacer pagar a los ricos cuotas fijas altas y conservar la gratuidad más rigurosa en beneficio del pobre. Para definir al rico no es ni necesario acudir al Registro de la Propiedad; siempre se puede averiguar lo que gana el padre, lo que paga de renta la familia, para obligar a contribuir al que puede hacerlo. De un modo o de otro, reducir los cuadros parece una exigencia recomendable en la Universidad, así como en los colegios de enseñanza técnica conviene dar toda clase de facilidades para aumentarlos. El deporte representa, entre otras cosas, un procedimiento eliminatorio de primera categoría, si se procede con prudencia. Por lo demás, la Universidad desarrollará el deporte dentro del cuadro de la enseñanza general atlética que dirige el Departamento de Bellas Artes y que abarca la primaria, la secundaria y la profesional. Por eso dejamos únicamente mencionado este asunto en lo que se refiere a la Universidad.

De lo apuntado se infiere que la Universidad será una selección de capacidades en los distintos órdenes de la ciencia y el conocimiento. Alta y rigurosa selección, es necesario añadir. La conveniencia de la enseñanza, la urgencia social de poner un límite a la multiplicación del profesionista, todo obliga a definir una política universitaria por lo que hace a cantidad y calidad. En materia de calidad no debemos aceptar sino la máxima en cada género, y, como la cantidad nunca acompaña a la calidad, se procurará que el número de inscritos corresponda a la capacidad de absorción profesional de cada periodo.

El exceso de alumnos sin verdadera vocación científica no sólo amenaza a la sociedad con el incremento del profesionalismo parasitario, sino que a la Universidad misma le crea problemas y conflictos de la más funesta índole. Los alumnos remisos en el curso dan el mayor contingente a la política estudiantil. Alcanza ésta proporciones alarmantes y produce entre nosotros situaciones que serían inconcebibles en la Universidad europea o norteamericana. Fuera de casos extraordinarios (cuando el país atraviesa periodos de corrupción o de crisis de la



legalidad), los estudiantes no tienen por qué intervenir en política. Les falta por lo común la edad de la ciudadanía, y no teniendo sus responsabilidades tampoco pueden ejercitar los derechos a ella inherentes. Se encuentran, aun los que son mayores de edad, en una condición de minoridad económica, puesto que el estudio les veda el trabajo productivo, que es complemento del derecho político. Aun las vejas constituciones liberales exigían al ciudadano un modo honesto de vivir como condición del ejercicio pleno de los derechos sociales y políticos. El estudiante, en su mayoría, vive del trabajo de algún familiar, o vive de rentas o becas del Estado. No es un productor ni ciudadano pleno, y si sólo promesa de ambas calidades. No es justo, entonces, que adopte actitudes de soberanía, ni siquiera como fracción del pueblo soberano. Otra cosa es el caso de grave perturbación de la moral de un pueblo por abusos de un gobierno notoriamente injusto; es evidente que entonces el estudiante deberá apoyar con todo su esfuerzo a quienes representen el sentido moral de la patria. Pero aun en este caso la actividad estudiantil en política deberá tomar forma de adhesión y no pretensiones de dirección.

Y, en cuanto al ejercicio de la política propiamente estudiantil y universitaria, la regla debe ser todavía más rigurosa. No hay nada que relaje tanto la disciplina escolar como la intervención estudiantil en las funciones administrativas de la Universidad. Excepcionalmente, y después de un largo periodo de corrupción y de abuso, cuando la Universidad ha estado sometida a regímenes de fuerza que le han violado todos los privilegios, podrá convenir que los alumnos, por plebiscito, elijan un hombre capaz de salvar la institución de su crisis; convendrá que arrojen fuera de las aulas a quien por caminos desviados entró en ellas; pero, en general, debe afirmarse el principio de que no ha de tener el estudiante intervención alguna ni en el nombramiento del profesorado ni en la administración de la escuela. Cuando se alega que la Universidad europea en ciertas épocas ha dado al alumnado intervenciones decisivas, se olvida que la Universidad donde esto ha podido ocurrir estaba constituida por alumnos mayores de edad, que pagaban con sus cuotas los maestros que ponían y quitaban. Se trataba de lo que hoy llamaríamos cursos de posgraduados. Nada tiene que ver, por lo mismo, el caso con estos otros que en nuestro continente se dan de que un catedrático, a veces un director o decano de Facultad, estén a merced del arbitrio estudiantil. La consecuencia de semejante anarquía se ve en el relajamiento de la disciplina, se palpa en la degradación de supresión de las pruebas y exámenes. Aun se ha llegado a la exigencia de supresión de las pruebas y exámenes. Se cae, en suma, en política contraria de la que anunciábamos como indispensable en párrafo anterior, pues en lugar de la selección del alumnado universitario y su disminución en beneficio de la calidad y el interés público se produce rebajamiento general, con aumento del parasitismo. Se crea el tipo del estudiante profesional, que a título de conductor de mesnadas colegiales merodea en la política de los partidos en busca de ventajas personales. Bajo el antifaz de los ismos más exaltados, a la larga tal estudiante se convertirá en servidor de los poderes reinantes.

Procédase, por lo mismo, con mucha parquedad en lo que se refiere a la participación de los estudiantes en las decisiones universitarias. Déseles, si se quiere, voz en los Consejos, pero nunca voto, porque esto equivale a minar no sólo la autoridad del maestro, sino su misma tranquilidad en el desempeño de funciones, ya de sí bastante amenazadas por los intereses económicos de la sociedad y por la política. Añadir a todas las trabas inevitables el terror del descontento estudiantil es nulificar la moral, ya de por sí asustadiza, del catedrático y dejarlo a merced de fuerzas inferiores a la sabiduría. Por solidaridad en la defensa contra las fuerzas de fuera, debiera el estudiante hacer causa común con el profesor. Aunque para lograr esto, ya se entiende, hace falta primero un profesorado ajeno al partidismo político y establecido en la Universidad por derecho, es decir, mediante pruebas, oposiciones o sistemas de nombramiento que no tengan relación con la política militante.

En cuanto al caso que ha servido de excusa a no pocas reformas universitarias, el de los profesores que se han vuelto inútiles y son una rémora, los mismos alumnos pueden resolverlo poniendo en práctica el sistema de las universidades yanquis: desertando las cátedras notoriamente ineptas pasándose al profesor competente de la misma materia, hasta que el profesor abandonado por sus alumnos se vea en el caso de renunciar. La administración resolverá entonces si procede otorgar una jubilación o un simple *cese*. Pero téngase presente que es mejor un maestro mediano, y aun malo, que sepa suspender alumnos inferiores a la prueba exigida, que un maestro excelente, pero que por temor o complacencia rehúye el deber de selección y disminución de las filas cada vez más apretadas del estudiantado universitario. Y piense cada uno de los que lleguen a quedar excluidos que reciben un beneficio con la exclusión, que les obliga a ser sinceros con su propia vocación, que les llama quizá por más ventajosos caminos. Ya desde hace tiempo se ha señalado el mal del doctorismo en nuestra América, y no se ve, sin embargo, que nuestras universidades se decidan a reducir el número por exigencia de trabajo y de indiscutible y extraordinaria capacidad. El estudiantado se nos ha vuelto como la empleomanía: un refugio de los emboscados en la áspera lucha de acrecentar la producción de un continente en retroceso. Si no queremos ver que un día el pueblo indignado clausure la Universidad, procuremos que el ánimo del estudiante vuelva a ser de reverencia para el maestro y de abnegación hasta el sacrificio por su tarea.

Y se suicida el país que cierra o que descuida sus universidades, pues en ellas, y sólo en ellas, puede configurarse el espíritu nacional, nervio de la defensa y de la simple perduración. Una Universidad cuyos métodos son copia de los extranjeros es avanzada de conquista o instrumento de disolución. Por eso ha de buscar el universitario los caracteres de la índole nacional, a fin de darles la configuración eficaz. La necesidad de dar a toda la educación un carácter práctico y técnico nos es impuesta por la competencia que tenemos que sostener con el

tipo de actividad creado por la civilización norteamericana. Obediente a esta tendencia general de la época, la Universidad procurará, según ya se ha indicado, verter la corriente de la vocación hacia las carreras cortas de carácter inmediatamente práctico. Pero eso no quiere decir que la Universidad se deje dominar del espíritu del tiempo en asuntos que no son de ocasión, sino de raíz y perennidad. Quiere decir que, para seguir fiel a nuestro temperamento, la universidad iberoamericana se distinguirá de la de Norteamérica por el esfuerzo de crear unidad dentro de los grupos variables de estudios que las circunstancias impongan. Unidad en la dirección espiritual, definida de los institutos educacionales, y también sentido de unidad en la enseñanza de cada ciencia. Quiere decir que en vez de ciertos métodos pedagógicos yanquis, que enseñan la química informando al alumno de todos los usos industriales del hidrógeno, sin preocuparse de darle la teoría del hidrógeno (véanse los textos científicos hoy en uso en los Estados Unidos), nosotros deberemos conservar el tipo francés de enseñanza, que inicia el curso con una exposición del lugar que ocupa la ciencia especial en el cuadro general de los conocimientos humanos. Los que se preocupan con exceso de la actual superioridad de lo yanqui pueden tranquilizarse a este respecto. A la hora en que se trate de luchar por la vida, según la frase darwiniana en boga hace veinte años, el que sólo ha aprendido los diversos usos del hidrógeno industrial no podrá trabajar sino en una fábrica de productos químicos; en cambio, el que aprendió lo que es el hidrógeno dentro de una teoría general de la química fácilmente podrá volverse útil en cualquiera de las diversas aplicaciones de la ciencia. Su disciplina mental será superior, y al fin y al cabo es esto lo que cuenta en la práctica, lo mismo que en la teoría.

El método predominantemente inductivo que la ciencia anglosajona deriva de Bacon se manifiesta en la Universidad yanqui por esa ausencia de autoridad central y de criterio director. Institutos sin cabeza, sumamente aptos para la investigación de la ciencia parcial y el detalle, se justifican tal vez por la riqueza de sus hallazgos, por la eficacia de los inventos que salen de sus laboratorios. Si nosotros los copiásemos, impondríamos a nuestros estudiantes método contrario de sus temperamentos, por latinos, sistemáticos, y no por eso los convertiríamos ni en sagaces analistas ni en inventores. Donde el sajón descubre ensayando un sinnúmero de experiencias, el latino descubre adelantando hipótesis que en seguida comprueba o rechaza la experiencia. El mejor método es el que a cada cual corresponde. Y, en cuanto al don de la inventiva en mecánica, lo cierto es que no responde a tal o cual método o tal o cual raza. Los mejores inventos del ingenio se quedan sin fruto allí donde no existe la industria compleja y adelantada que los utilice y absorba. Y, en cambio, donde hay gran industria el invento resulta obligado casi por el juego del mecanismo; sus frutos acrecen de modo espontáneo.

De la Universidad norteamericana evitaremos la dispersión, que le impide alcanzar un concepto filosófico cabal del conocimiento. La misma filosofía se

vuelve en ella experimentalismo y suma de casos homogéneos, sin trabazón ideológica o estética. Estos defectos no le impiden convertirse en auxiliar de las industrias ni divulgar enseñanzas útiles. La eficacia de su acción práctica pone a la Universidad yanqui en contacto con el pueblo, que a su vez en recompensa le otorga simpatía y dinero. En cambio, entre nosotros se diría que el apartamiento egoísta o pedante es la regla de los que saben. Y no son los peores quienes se erigen en guardianes del pasado, celosos defensores de la rutina, sino los aparentemente innovadores, los que cambiando el sentido de un adverbio, creen haber descubierto un mundo; los neosofistas, que complican las verdades sencillas; los idealistas, que no sacan de las ideas conclusiones, sino postura. A todos éstos hay que ponerlos al margen de la Universidad, como se colocan ellos al margen de la vida y en el rango de ejemplares del museo de patología mental. En forma de que no estorben la comunicación de la Universidad con el pueblo trabajador y pensante. Pues es ésta la novedad que la democracia impone a las instituciones universitarias. Anteriormente el pueblo las pagaba y se desentendía de ellas, ignorándolas. Hoy el pueblo sigue pagando, pero les exige servicios. Y ni el más sabio de los hombres puede eximirse del contacto humano, siquiera sea ocasional, a través del consejo técnico, la conferencia, el discurso y el libro.

En materia de doctrina económica se libra hoy una batalla, para apoderarse de las universidades, sólo comparable a la lucha que con parecido fin entablaron las sectas en los países donde la Reforma luterana quedó consumada. El credo político del gobierno representa hoy el papel irruptor de la secta bolchevista en Rusia, capitalista en los Estados Unidos; si todavía hay libertad para enseñar la física o la química según criterio exclusivamente científico, ya no hay en el mundo Universidad que no esté supeditada a influencia extraña en materia social y económica. A pesar de todo, siempre será posible hacer que resplandezca la verdad si los que enseñan poseen la convicción que da derecho a enseñar: la arraigada confianza en los valores que, por encima de la humanidad, rigen al mundo. Las técnicas varían según el tema y la época, pero no cambia el viejo propósito que, en lo político, divide a los hombres y los tiempos en dos bandos irreconciliables: el de la tierra y el del cielo, el de César y el de Cristo, o sea, el predominio de los valores sensuales sobre los ideales, o viceversa. Todo lo demás es en la historia escolio. O se encamina la acción social a realizar un despliegue de las almas que convierta en transitorio y subalterno el empeño económico y político, o se proclama la primacía de lo sensual y entonces, con el cesarismo, desaparece la libertad y se encumbra el poderío. Apenas se da la primacía al instinto, se cae en la fuerza. De la fuerza material se sale negándola y engendrando otra fuerza que es espiritual y triunfa de todo accidente con tal que encuentre convicción sobrenatural donde asentarse. Y, así, la lucha es perenne entre el hombre de la sensación y el hombre de la religión, el soldado del César y el héroe del Cristo. En torno a esto se escriben libros, se inventan ciencias, se intoxican los tiempos, creyéndose nuevos o creyéndose los últimos; cada cual según su temperamento,

que es otra manera de decir conforme a su elección y gracia, se afilia en un bando, se alista en el otro. A veces andamos sonámbulos en la línea de intersección de ejércitos contrarios. La Universidad, comúnmente, es el limbo donde estas intersecciones perpetúan el desequilibrio que estimula los ánimos. El hombre fuerte y libre encontrará provecho en la prueba.

Puede no atinar la Universidad ni en su doctrina social ni en el punto de vista filosófico; todo se lo hará perdonar, sin embargo, si a la rutina de la enseñanza profesional añade buenos servicios de extensión del saber medio y una sincera colaboración en el estudio de los problemas que afectan a la vida de la colectividad en que se opera. Por extensión universitaria solía entenderse antes una cierta propaganda, por conferencias y conciertos, de los aspectos desinteresados de la cultura en los medios atrasados de la población urbana y del campo. Y resultaba un poco irónico hablarle al obrero hambriento de las excelsitudes del arte de un Beethoven o de un Miguel Ángel. Pasado el estupor de auditorio y maestro, nadie volvía a recordar el encuentro un poco ridículo de la más alta sabiduría con la más desolada miseria. Se desconocía que únicamente la caridad puede resolver estos conflictos y no según el contraste cultura-incultura, sino conforme a la vieja antinomia ética cristiana: miseria y misericordia.

Algo de esto realiza la Universidad cuando acerca al humilde ya no con el ánimo de ofrecerle distracción a su angustia, sino, acaso, remedio. El campesino que ha visto su cosecha perdida, el pequeño industrial que no adelanta porque ignora secretos de su oficio, todo el que lucha con la realidad para conquistar el sustento se llena de confianza si sabe que hay una institución capaz de ilustrar de inmediato, capaz de colaborar a la larga en las soluciones que impone el vivir. Recuerdo los Institutos de extensión que dirige la Universidad de Chicago. Acuden a ellos por la noche los obreros de las fábricas para consultar los problemas del día, para adiestrarse en el dibujo o en la forja, todo lo cual representa un aumento del salario, un acortamiento de la jornada, una ventaja positiva.

Recuerdo la Universidad de California. Antes que por sus historiadores, que son meritísimos; antes que por sus labios, se ha hecho sentir por el célebre Burbank, consejero de los agricultores, inventor, según se asegura, de frutas e injertos notables; sabio y obrero que se encierra en el laboratorio, pero también visita los campos, endereza los tallos, disfruta la satisfacción del aumento y la prosperidad de cultivos que no son suyos. En ciertos momentos ha podido decirse que es la Universidad en acción quien ha labrado los campos, multiplicando los frutos. En las mismas faenas de la recolección, los estudiantes, en el asueto de las vacaciones, alquilan sus brazos a jornal para recoger las ciruelas, para empaquetar las uvas y las manzanas que todo el mundo conoce. Fácilmente se comprende que en California no haya problemas universitarios ni dentro ni fuera de la Universidad. La Universidad, allí, colabora con su pueblo y el pueblo la ama. Le

perdona aun los doctores y los especialistas en derecho internacional y en historia, de los siglos XVI y XVII. Pues a todo tiene derecho un instituto que es, primero, auxiliar eficaz de los más humildes y urgentes empeños humanos. Los cursos breves, agregados a los secundarios de la Universidad californiana en cría de animales domésticos, horticultura y jardinería, conservación de frutas y embalajes, etcétera, han hecho más por la prosperidad repartida de la región que todas las leyes bolchevizantes posibles. Gracias a estos cursos la Universidad reparte sus graduados y su influencia por todo el territorio, sin límite de fronteras.

La Universidad de México inició alguna vez, por medio de sus Facultades técnicas, parecida penetración entre las masas deseosas de libertarse por el trabajo inteligente. El sistema de cursos por correspondencia, vigente ya en casi todas las grandes universidades, permite llevar hasta el máximo esta influencia benéfica de la Universidad a todas las capas de población. Universidades que así cumplen no están en peligro de que la política las perturbe con exceso ni de que la hostilidad del público por el letrado les recorte el presupuesto.

## CURSOS DE VERANO

En los países de formación reciente y habilitados en parte por extranjeros, la Universidad tiene el deber de buscar la asimilación del elemento extraño por la única manera eficaz, o sea, el atractivo de la cultura y la demostración de la exigencia de lo autóctono, facilitando al extranjero el conocimiento y aprendizaje de los modos nacionales y haciéndole amable dicha enseñanza. Un sistema poco costoso y muy eficaz para los propósitos aludidos es el que en todo el mundo se practica con el nombre de cursos de verano para extranjeros. El éxito obtenido en México en este particular ha sido rotundo, dada nuestra proximidad a los Estados Unidos; pero podría repetirse, aunque fuese en menor escala, en todo el continente. Un promedio de 500 alumnos, en su mayoría profesores de enseñanza primaria y media, reúnen cada año los cursos de verano de la Universidad de México. A estos mismos cursos y a otros permanentes concurren los extranjeros que todavía no dominan el idioma o quieren aprovechar las ventajas de cada programa. Por lo común la Universidad saca sus gastos con las cuotas que cobra, pero queda el problema de los transportes. Los gobiernos que lo mediten advertirán la ventaja de ofrecer concesiones generosas en materia de billetes de ferrocarril o de barco a cambio de la propaganda nacional que aseguran los cursos. El ánimo del profesorado se levanta en los pueblos de complejo humillado cuando ve que a sus cátedras asisten hombres y mujeres de pueblos más cultos y que, sin embargo, tienen algo que aprender del magisterio nacional.

Todos los días las escuelas ordinarias del país contribuyen, aun sin quererlo, a la penetración de la influencia norteamericana, enseñando compulsivamente el idioma inglés; por lo tanto, hay cierta compensación, si no equivalente, por lo

menos simbólica, en el hecho de que varios centenares de extranjeros de la nación dominante ingresen en las aulas de la nación comprometida. Los programas de semejantes cursos comprenden conservación y composición, gramática y lectura, fonética, geografía nacional, arte español, arte colonial mexicano, arqueología mexicana, historia nacional, literatura nacional, literatura hispanoamericana, literatura española, artes menores, arte moderno. Se encomiendan algunos de estos cursos a especialistas de diversas naciones, a cuyo efecto la Universidad dispone de su departamento de intercambio. En beneficio de los estudiantes extranjeros se organizan también excursiones, por ejemplo, visita de los monumentos arquitectónicos de Ciudad de México, iglesias y ex conventos, colegios y sitios de interés histórico; visita de la Academia de Bellas Artes y sus galerías de pintura y escultura, con disertación sobre la escuela mexicana de pintura, desde la colonia hasta nuestros días; visita del Museo Nacional y sus colecciones de arte azteca, maya y colonial; excursión a las pirámides toltecas de Teotihuacan.

## **INTERCAMBIO UNIVERSITARIO**

Establecer relaciones culturales con el mundo es una función imprescindible de la Universidad. Al efecto, dispondrá de un departamento encargado de organizar visitas de profesores y conferenciantes extranjeros. Se encargará también de atender a los becados y de la reglamentación de las becas. En general éstas no se concederán sino a los alumnos graduados con distinción en la materia cuyo perfeccionamiento buscarán en el extranjero. También se preferirá a los estudiantes dedicados a ciencias que no alcanzan desarrollo completo en el país, como química, mecánica, electricidad; en general, ciencia aplicada, o bien ramas especiales de la odontología o la ingeniería. Todo lo que, necesitando elementos de taller o laboratorio, no puede suplirse aún en nuestros medios. Conviene enviar a los estudiantes de arte para que se familiaricen con los museos de Europa, y siendo tan limitado el dinero de que se dispone para estos menesteres no deberá emplearse en becados de profesión libresca, salvo circunstancias verdaderamente excepcionales.

## **LA INVESTIGACION**

En las tareas de investigación original puede la Universidad iberoamericana realizar labor mucho más importante de lo que comúnmente se juzga. Lo que se ha equivocado hasta hoy es el camino, y por eso ha caído en descrédito el sujeto de la melena crecida que se encierra en nuestros modestos laboratorios a buscarle nuevas leyes a la química o a desentrañar la clave del movimiento continuo. La investigación original en la ciencia aplicada requiere el ambiente científico y técnico, que sólo poseen los grandes pueblos del instante. En cambio, todos aquellos estudios relacionados con el conocimiento y aprovechamiento de nuestras propias regiones ofrecen campo ilimitado para el genio nativo. Lo que debe causarnos bochorno es que los mejores estudios de geografía, los mejores libros sobre el indigenismo o sobre economía patria suelen ser

obra de extranjeros. La obsesión de Europa nos mantiene a nosotros ciegos sobre lo que pasa en nuestro alrededor y nos condena a fingir réplicas del trabajo que ya se hace eficazmente en el gabinete de la Universidad extranjera. Es ya tiempo, sin embargo, de que el estudiante de nuestra América aproveche sus ventajas para el estudio de la geografía y la fauna locales, la flora y la agricultura, la arqueología y el arte nativos. Ocasiona desconcierto ver que ya durante la Colonia se esbozaba una ciencia americana con los trabajos de Clavijero en México, de Caldas en Colombia, y, sin embargo, a partir de la independencia ya no son sino nombres extranjeros los que informan al mundo de nuestra configuración física y sus recursos. Muy eminentes son sin duda los Humboldt y los Bonpland, los Bougainville y Reclus, pero por eso mismo es lamentable que no hayamos podido aprovechar sus trabajos para crear sobre ellos escuelas nacionales de cada especialidad. Hasta hoy, lo que sabemos de los indios modernos se debe a los Lumholtz, a los Darwin y, en general, a observadores extranjeros, no siempre capacitados para observar. Nuestra arqueología es en su mayor parte extranjera, con el vicio de origen de la posición tendenciosa para juzgar nuestro desarrollo nacional. El indigenismo, por obra de los extranjeros que lo cultivan, se convierte en propaganda antiespañola y en motivo de división en la amalgama que es base de nuestra soberanía continental: la amalgama, que debiera ser insoluble, de lo español y lo indígena. En materia de geografía es bien sabido que los mapas de nuestras costas están en poder de Inglaterra, por la buena razón de que los ha hecho mientras nosotros estudiábamos geografía europea, y la planificación de nuestras serranías, con sus vertientes y sus quebradas, está en poder del Departamento de Guerra de Norteamérica. Y eso que tuvimos geógrafos como García Cubas, fruto de nuestra Universidad, cuando todavía era autóctona, cuando el afán de reformas y copias no la anulaba aún del todo. Los mejores estudios sobre nuestra economía social, a partir de Humboldt, son obras de extranjeros. Y aun en materia de administración, la ignorancia y el odio del faccionalismo negó nuestra Universidad, cuando Carranza, en 1916, puso la administración técnica de la hacienda pública mexicana en manos de peritos de Norteamérica.

Es imperdonable la cortedad de miras de los políticos que así proceden, pero la culpa abarca también a nuestra Universidad, pues ¿no la vimos durante tantos años empeñada en demostrarle al mundo que se sabía al pie de la letra la lección de Comte, primero; la de Spencer, después, incluso el capítulo en que nos desprecia y condena por la extensión y calidad de nuestro mestizaje? En cambio, del exterior ¿con qué ansiedad se solicitan siquiera monografías de los asuntos vernáculos! Poco aprecio hace el europeo de nuestros folletos con el homenaje a Dilthey o el comentario de Husserl. Lo que apetece es una exposición, así fuese imperfecta, de lo que piense el hombre de América, o de sus problemas, inquietudes, propósitos.

Se comienza a ser civilizado cuando se empieza a ser creador. Y el primer hombre de nuestra América que en Europa ganará respeto no es el que llegue hablando en francés correcto la versión retransplantada del pensamiento alemán. William James ganó fama europea porque llegó exponiendo en su inglés una versión



propia, versión americana del positivismo europeo. La Universidad iberoamericana no será tomada en cuenta en el mundo mientras no llegue a expresarse en la versión espiritualista que corresponde al temperamento iberoamericano.

En las disciplinas más modestas y vitales, en los asuntos de economía y de política, de sociología iberoamericana, el universitario de nuestro mundo encontrará campo fecundo para la utilidad y para la gloria. La medicina tropical, que para el europeo es problema colonial simplemente, para el médico hispanoamericano es asunto inmediato. Por lo mismo, es entre nosotros donde ha de crearse esa ciencia. Así, en todos los órdenes, basta con reflexionar un instante para advertir la enormidad de la tarea que hemos estado descuidando y los éxitos asombrosos que en la investigación reserva el porvenir a nuestras universidades. Recuerde el simple escolar de la clase de botánica de segunda enseñanza que las mejores colecciones de mariposas que en el mundo existen han sido reunidas en nuestros territorios, al lado mismo de nuestras escuelas en muchos casos, pero por obra de extranjeros que se dieron al campo a mirar, mientras nuestros escolares tal vez examinaban en algún viejo texto francés los caracteres del zorro que habita los Alpes y se mezcla a la fábula en los versos claros de La Fontaine. Jóvenes, imitad al gran hombre en sus métodos, no en repetirle lo que ya descubrió. Hay material en América para hacer la fama de un nuevo Buffon. Y si otros cantaron la nieve y el pino, están aquí reclamando el estro, la selva y el sol.

Casi sin límites puede, entonces, desarrollar la Universidad iberoamericana las antenas de la investigación especializada. Cuide al mismo tiempo, y mientras se desarrolla la tarea descubridora plural, de mantener vivo un esfuerzo de unificación permanente. De esto se ocupará la Facultad de Filosofía. Bajo el viejo nombre de filósofos incubará una generación y varias generaciones o grupos de lo que hoy llamaríamos técnicos de la universalidad; especialistas de ideas generales, encargados de revertir la pluralidad a la unidad. Hombres de virtud han de ser si no queremos que les falle el cerebro; talento y fuerza, capacidad de organización y decisión en el mando, porque los alienta la sabiduría. La misión social de este grupo, nervio y corona de la Universidad, está ya apuntada por Platón en *La República*.

Conservar la cultura y difundida, aumentarla por obra de investigación y de creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar, dirigir los destinos patrios con miras de universidad; tal es, en resumen, la tarea de las Universidades\*.

\* Para que se vea hasta qué punto es actual lo que decimos, piénsese en la experiencia del presidente Roosevelt, que de la Universidad ha sacado su «trust de cerebros», no sólo especialistas de la economía y las finanzas, sino también organizadores y orientadores, filósofos sociales. Interesante ensayo de platonismo político está demostrando, ya que no hay mejor realismo que el platonismo, tan calumniado por temido de los calibanes que tienen usurpada la realidad. Pues sólo un real platonismo se decide a romper la hegemonía de los banqueros, a poner en liquidación compañías de transporte que fundaron su éxito en el fraude y en colusión con héroes nacionales que sirven de cómplices tal vez ingenuos, prestando al fraude el apoyo de su popularidad, como acaba de verse en el caso de Lindbergh, el aviador. Pues bien, sólo el idealista, si es además sabio y filósofo, cuenta con la autoridad necesaria para librar a los pueblos de tal acumulación de circunstancias nefastas. (Nota del autor.)

La Universidad también puede hacer política y aun imperialismo. De la mejor clase de imperialismo, del que más falta hace en el continente hispánico. Sin duda, el mayor acierto de toda la política exterior de México dispartada desde el momento que nuestra nación traicionó a su ministro Lucas Alamán fue la práctica que logré establecer durante unos cuantos años, al otorgar sesenta becas a estudiantes centroamericanos. De no haber vuelto a triunfar en México la misma traición que derrocó a Alamán, hoy el servicio de becas iberoamericanas abarcaría el continente hispánico y la capital de México sería la metrópoli de una estirpe, cumpliendo así el deber que le impone a su antiguo abolengo.

En todo caso, el ensayo, pese a su corta duración, vale la pena de ser recordado, porque indica una posibilidad del futuro.

La reglamentación de las becas fue rigurosa. Seleccionaba a los favorecidos un delegado de la Universidad mexicana, junto con el representante diplomático y el representante del Ministerio de Educación del país del alumno. Se recomendó especialmente la eliminación de toda clase de favoritos, hijos de políticos en el poder, o de personas adineradas que bien podían pagarse sus propios estudios. Se exigía que el becado hubiese ya concluido los estudios necesarios en su propio país y no se le imponía ningún compromiso aparte de estas pruebas, de calidad técnica exclusivamente. El personal seleccionado recibía gastos de viaje y, además, una pensión, pagada en efectivo mensualmente por la Universidad mexicana durante dos años. Libremente escogían la especialidad, pero se procuraba inclinarlos a las ramas técnicas de la enseñanza. La Escuela de Industrias Químicas recibió algunos alumnos; otros se repartieron en ingeniería y en la Academia de Bellas Artes, en escultura y pintura; otros más en el Conservatorio de Música.

A los pocos años, viajando por Centroamérica, me tocó ver el fruto multiplicado de tan reducido esfuerzo. Ingenieros de formación mexicana ocupaban puestos de importancia en la administración o en los negocios de algunas de las repúblicas hermanas. Los artistas locales habían recibido la influencia del viejo país americano que somos nosotros. A su vez, y no obstante la supresión de las becas, quedó establecida una corriente que hoy mantiene en Ciudad de México varios centenares de estudiantes de Centroamérica. Y no sólo van a aprender, también han enseñado a los nuestros y, en no pocos casos, los han dirigido. Ha triunfado, entonces, por un procedimiento que parece imperialista, el ideal unitario iberoamericano. La juventud contemporánea conoce por contacto directo la idiosincrasia del Sur, y viceversa, y la solidaridad, por lo menos en lo espiritual, ha quedado sólidamente establecida.

En la Argentina, la Universidad de la Plata comienza ahora obra semejante, que ojalá llegue a alcanzar las proporciones necesarias. Por lo menos los paraguayos y los bolivianos deberían tener en Buenos Aires su metrópoli.

## **DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD (1920)**

LLEGO CON TRISTEZA a este montón de ruinas de lo que antes fuera un ministerio que comenzaba a encauzar la educación pública por los senderos de la cultura moderna. La más estúpida de las ignorancias ha pasado por aquí aislando y destruyendo, corrompiendo y deformando, hasta que por fin ya sólo queda al frente de la educación nacional esta mezquina jefatura de departamento que ahora vengo a desempeñar por obra de las circunstancias; un cargo que sería decorativo si por lo vano de sus funciones no fuese ridículo; que sería criminal si la ley que lo creó no fuese simplemente estúpida. Doloroso tiene que resultar para toda alma activa venir a vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales y quitar la telaraña de los monumentos del pasado, funciones a las que ha sido reducida nuestra institución por una ley que debe calificarse de verdadera calamidad pública.

Pero esta tristeza que me invade al contemplar lo que miramos sería mucho más honda, sería irreparable, si yo creyese que al llegar aquí iba a entregarme a la rutina, si yo creyese que iba a meter mi alma dentro de estos moldes, si yo creyese que de veras iba a ser Rector sumiso a la ley de este instituto. No; bien sé, y lo saben todos, que el deber nos llama por otros caminos, y así como no toleraríamos que los hechos consumados nos cerrasen el paso, tampoco permitiré que en estos instantes el fetiche de la ley selle mis labios; por encima de todas las leyes humanas está la voz del deber como lo proclama la conciencia, y ese deber me obliga a declarar que no es posible obtener ningún resultado provechoso en la obra de educación del pueblo si no transformamos radicalmente la ley que hoy rige la educación pública, si no constituimos un ministerio federal de educación pública. Ese mismo deber me obliga a declarar que yo no he de conformarme

con estar aquí bien pagado y halagado en mi vanidad, pero con la conciencia vacía porque nada logro. La tarea de conceder borlas doctorales a los extranjeros ilustres que nos visiten y de presidir venerables consejos que no bastan para una centésima de las necesidades sociales no puede llenar mi ambición. Antes iré al más sonado de los fracasos que consentir en convertirme en un cómplice de la mentira social. Por eso no diré que nuestra Universidad es muy buena y que debemos estar orgullosos de ella. Lo que yo debo decir es que nuestras instituciones de cultura se encuentran todavía en el periodo simiesco de sola imitación sin objeto, puesto que, sin consultar nuestras necesidades, los malos gobiernos las organizan como piezas de un muestrario para que el extranjero se engañe mirándolas y no para que sirvan.

He revisado, por ejemplo, los programas de esta nuestra Universidad, y he visto que aquí se enseña literatura francesa, con tragedia raciniana inclusive y me hubiese envanecido de ello, si no fuese porque en el corazón traigo impreso el espectáculo de los niños abandonados en los barrios de todas nuestras ciudades, de todas nuestras aldeas, niños que el Estado debiera alimentar y educar, reconociendo al hacerlo el deber más elemental de una verdadera civilización. Por más que debo reconocer y reconozco la sabiduría de muchos de los señores profesores, no puedo dejar de creer que un Estado, cualquiera que él sea, que permite que subsista el contraste del absoluto desamparo con la sabiduría intensa o la riqueza extrema, es un Estado injusto, cruel y rematadamente bárbaro.

No por esto que os digo vayáis a creer que pasa por mi mente el cobarde pensamiento de ofenderos insinuando que sois vosotros los culpables. Bien sé que muchos de vosotros habéis dedicado todas vuestras energías, con desinterés y con amor, a la enseñanza. Sin embargo, no habéis podido evitar nuestros fracasos sociales; no habéis servido todo lo que debíais servir acaso porque siempre se os ha mantenido con las manos atadas, y a causa de esto bien podéis afirmar que no sois vosotros los responsables, puesto que no habéis sido los dueños del mando.

No vengo, por lo mismo, a formular acusación contra determinadas personas; simplemente traigo a la vista los hechos, y cumpliendo con el deber de juzgarlos declaro que el departamento universitario, tal como está organizado, no puede servir eficazmente la causa de la educación nacional. Afirmo que esto es un desastre, pero no por eso juzgo a la Universidad con rencor. Todo lo contrario; casi la amo, como se ama el destello de una esperanza insegura. La amo, pero no vengo a encerrarme en ella, sino a procurar que todos sus tesoros se derramen. Quiero el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera.

Os he dicho que yo no sirvo para conceder borlas de doctor, ni para cuidar monumentos, ni para visar títulos académicos, y sin embargo yo quise venir a

ocupar este puesto de rector que tan mal se aviene conmigo; lo he querido porque he sentido que este nuevo gobierno en que la revolución cristaliza como en su última esperanza, tiene delante de sí una obra vasta y patriótica en la que es deber ineludible colaborar. La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia. Yo soy en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. El pueblo ha estado sosteniendo a la Universidad y ahora ha menester de ella, y por mi conducto llega a pedirle consejo. Desde hace varios años, muchos mexicanos hemos venido clamando porque se establezca en México un Ministerio de Educación Federal. Creo que el país entero desea ver establecido este ministerio, y al ser yo designado por la Revolución para que aconsejase en materia de educación pública me encontré con que tenía delante de mí dos maneras de responder: la manera personal y directa que hubiese consistido en redactar un proyecto de ley del Ministerio de Instrucción Pública Federal, proyecto que quizá habría podido llegar a las cámaras, y la otra manera, la indirecta, que consiste en venir aquí a trabajar entre vosotros durante el período de varios meses, con el objeto de elaborar en el seno de la Universidad un sólido proyecto de ley federal de educación pública.

Me resolví a obrar de esta segunda manera, que juzgo mucho más eficaz, y habiendo tenido la fortuna de merecer la confianza del señor Presidente de la República, vengo a deciros: El país ansía educarse: decidnos vosotros cuál es la mejor manera de educarlo. No permanezcáis apartados de nosotros, venid a fundiros en los anhelos populares, difundid vuestra ciencia en el alma de la nación.

Suspenderemos las labores universitarias si ello fuese necesario, a fin de dedicar nuestras fuerzas al estudio de un programa regenerador de la educación pública. De esta Universidad debe salir la ley que dé forma al Ministerio de Educación Pública Federal que todo el país espera con ansia. Para realizar esta obra urgentísima no nos atendremos a nuestras solas luces, sino que solicitaremos la colaboración de todos los especialistas, la colaboración de la prensa, la colaboración del pueblo entero, pero queremos reservar a la Universidad la honra de redactar la síntesis de todo esto.

Lo hacemos saber a todo el mundo: la Universidad de México va a estudiar un proyecto de ley para la educación intensa, rápida, efectiva de todos los hijos de México. Que todo aquel que tenga una idea nos la participe; que todo el que tenga su grano de arena lo aporte. Nuestras aulas están abiertas como nuestros

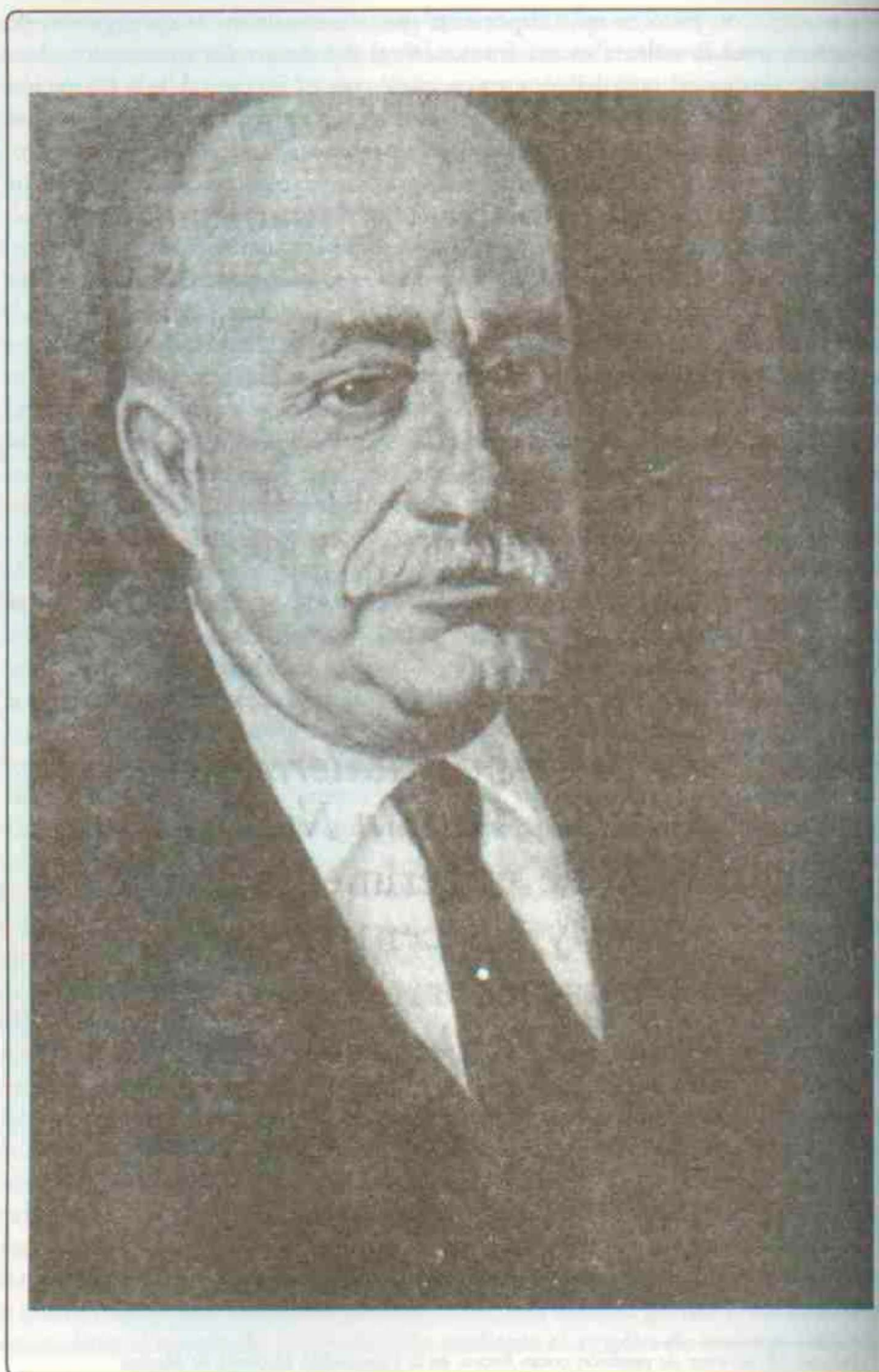
espíritus, y queremos que el proyecto de ley que de aquí salga sea una representación genuina y completa del sentir nacional, un verdadero resumen de los métodos y planes que es necesario poner en obra para levantar la estructura de una nación poderosa y moderna.

Para deciros esto os he convocado esta noche. El cargo que ocupo me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares, y en nombre de ese pueblo que me envía os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber. El país ha menester de vosotros. La Revolución ya no quiere, como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios. La Revolución anda ahora en busca de los sabios. Mas tengamos también presente que el pueblo sólo estima a los sabios de verdad, no a los egoístas que usan la inteligencia para alcanzar predominio injusto, sino a los que saben sacrificar algo en beneficio de sus semejantes. Las revoluciones contemporáneas quieren a los sabios y quieren a los artistas, pero a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar la condición de los hombres. El sabio que usa de su ciencia para justificar la opresión, y el artista que prostituye su genio para divertir al amo injusto, no son dignos del respeto de sus semejantes, no merecen la gloria. La clase de arte que el pueblo venera es el arte libre y magnífico de los grandes altivos que no han conocido señor ni bajeza. Recuerdo a Dante proscrito y valiente, y a Beethoven altanero y profundo. Los otros, los cortesanos, no nos interesan a nosotros, los hijos del pueblo.

Los hombres libres que no queremos ver sobre la faz de la tierra ni amos ni esclavos, ni vencedores ni vencidos, debemos juntarnos para trabajar y prosperar. Seamos los iniciadores de una cruzada de educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer ponía nuestra raza en las empresas de la religión y la conquista. No hablo solamente de la educación escolar. Al decir educación me refiero a una enseñanza directa de parte de los que saben algo en favor de los que nada saben; me refiero a una enseñanza que sirva para aumentar la capacidad productora de cada mano que trabaja y la potencia de cada cerebro que piensa. No soy amigo de los estudios profesionales, porque el profesionalista tiene la tendencia a convertirse en parásito social, parásito que aumenta la carga de los de abajo y convierte a la escuela en cómplice de las injusticias sociales. Necesitamos producir, obrar rectamente y pensar. Trabajo útil, trabajo productivo, acción noble y pensamiento alto, he allí nuestro propósito. Pero todo esto es una cumbre; debe cimentarse en muy humildes bases, y sólo puede fundarse en la dicha de los de abajo. Por eso hay que comenzar por el campesino y por el trabajador. Tomemos al campesino bajo nuestra guarda y enseñémosle a centuplicar el monto de su producción mediante el empleo de mejores útiles y de

mejores métodos. Esto es más importante que adiestrarlo en la conjugación de los verbos, pues la cultura es un fruto natural del desarrollo económico. Los educadores de nuestra raza deben tener en cuenta que el fin capital de la educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos y de emplear su energía sobrante en el bien de los demás. Esto que teóricamente parece muy sencillo es, sin embargo, una de las más difíciles empresas, una empresa que requiere verdadero fervor apostólico. Para resolver de verdad el problema de nuestra educación nacional, va a ser necesario mover el espíritu público y animarlo de un ardor evangélico, semejante, como ya he dicho, al que llevara a los misioneros por todas las regiones del mundo a propagar la fe. Al cambiar la misión que el nuevo ideal nos impone, es menester que cambien también los procedimientos del heroísmo. Me refiero a esto; todavía hasta nuestros tiempos lo mejor de la sociedad femenina de nuestra raza, las almas más nobles, más refinadas, más puras, se van a buscar refugio al convento, disgustadas de una vida que sólo ofrece ruindades. Huyen de la sociedad porque no ven en ella ninguna misión verdaderamente elevada que cumplir. Demos pues, a esas almas la noble misión que les ha estado faltando; facilitémosles los medios de que se pongan en contacto con el indio, de que se pongan en contacto con el humilde, y lo eduquen, y veremos cómo todos acuden con entusiasmo a la obra de regeneración de los oprimidos; veremos cómo se despierta en todos el celo de la caridad, el entusiasmo humanitario. Organicemos entonces el ejército de los educadores que substituya al ejército de los destructores. Y no descansen hasta haber logrado que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza, se dediquen a servir los intereses de los desvalidos y se pongan a vivir entre ellos para enseñarles hábitos de trabajo, hábitos de aseo, veneración por la virtud, gusto por la belleza y esperanza en sus propias almas. Ojalá que esta Universidad pueda alcanzar la gloria de ser la iniciadora de esta enorme obra de redención nacional\*.

\* Discurso de su toma de posesión como Rector de la Universidad Nacional de México





*DISCURSO PRONUNCIADO EL DÍA DEL  
MAESTRO<sup>1</sup>  
(1923)*

¿Hasta cuándo llegará el día en que se aprecie más  
al hombre que enseña que al hombre que mata?

M. Campo

ME TOCA la fortuna de dirigirme una vez más a los maestros de toda la República, en este día que la ley ha querido dedicarles como un homenaje de reconocimiento y también, se me figura, como una anticipación de la época aún lejana, en que la labor del maestro será ya no digo premiada, pero siquiera debidamente recompensada. Llevo algunos años de ser, por ley, el jefe de los maestros. En realidad nunca he podido sentirme jefe de veras, porque debe mandar quien está más alto moralmente y yo no puedo comparar mi empeño, aunque ha sido grande, con el mérito indiscutible de la labor oscura y constante de quienes saben que no tendrán otra recompensa que la de sus propios corazones llenos de bien. Consciente de esta situación que me produce confusión y ternura, he tenido que imponerme un antifaz de sequedad o de indiferencia, para poder seguir adelante. Sequedad e indiferencia agravados por el intento de no prodigar frases de halago o de afecto, a causa de una especie de pudor, de aparecer como un farsante que pronuncia palabras delante de casos que reclaman justicia pronta y eficaz remedio. De esta suerte, mi propia impotencia me volvía mudo, pues me decía que no era honrado ofrecer migajas para ufanarse en seguida de magnánimo.

Tales encontradas emociones y cierta habitual inquietud de mi espíritu, pueden haberme llevado a cometer rudezas que deploro, franquezas que a veces

<sup>1</sup> Alocución del Secretario de Educación Pública de México

lastiman, descortesías y hasta violencias; pero jamás uno solo de estos arrebatos estuvo inspirado por el desdén, no hubo desdén, como no ha habido tampoco en mi ánimo piedad. Hubo amor mal expresado si se quiere. Amor que deseaba expandirse y ánimo de justicia y anhelo de que cada quien se levante movido del propio esfuerzo, el miedo de pasar como uno de tantos impostores de la política, me hizo reservado; pero ahora que ya ninguno podrá creer que trato de halagar a los maestros para que me sean adictos, hoy que ya no se me puede tachar de servil -porque también hay el servilismo del jefe para sus subordinados, del líder para con las masas-; ahora que ya nadie puede sospechar intenciones ruines, me complazco en declararles algo que hace tiempo me rebosa del pecho y que sería avaricia seguir conteniendo. La enorme gratitud que les debo por su colaboración y por su ejemplo y también por haberme infundido la confianza de que la patria podrá salvarse, merced a las virtudes que ustedes practican.

Yo vine a este puesto de jefe de la educación nacional, por uno de esos azares de nuestra política. Como todo el que ha corrido mundo, traía en el corazón cenizas y en la cabeza algunos planes. La larga ausencia me había dejado sin compromisos ni alianzas. Y salvo uno que otro afecto antiguo, me hallé como si volviera a nacer en un medio conocido antaño. Al mismo tiempo, mi antigua vida me había hecho inepto para encenderme en las llamas del afecto personal, lo que me hizo poner mi ardimiento entero en la empresa colectiva que hemos ensayado, de educar a un pueblo. De esta suerte, la común tarea nos ha ido atando con esos lazos de parentesco del espíritu, más fuertes que la sangre y cadena fatal de los que abrazan apasionadamente un propósito superior al momento. Así he llegado a crear familia nueva entre ustedes; a tal punto que mis afectos de hoy están casi totalmente entre los empleados, los colaboradores, los maestros de la Secretaría de Educación Pública, y los maestros todos de la República, y tal es la sinceridad de esta nueva pasión, que el grado de mi afecto ha llegado a medirse, en cada caso, por el empeño que veo poner en la labor común. Quiero al que trabaja y no puedo ver al que estorba. No sé si esto es perder el corazón que ya no se adhiere a la persona o si es más bien agrandarlo, porque se apega solamente a la inmensidad del ideal.

Como quiera que sea, yo siento que mi propia conciencia se ha enriquecido y se ha agrandado. El país entero ha penetrado en ella bajo el aspecto nuevo de los anhelos que tantas veces he sorprendido en la mirada de los maestros de escuela. Los recuerdos acuden en esta ocasión centuplicados. Parece que fue ayer mi paso por Valladolid, en Yucatán; se me figura la página de una vida distinta. Las maestras nos recibieron asomadas a las ventanas de la escuela. Sus rostros eran luminosos. El patio tenía anchas arcadas oscuras de humedad. La promesa de unos cuantos libros y un piano, hizo estallar la alegría; teníamos que irnos y no deseábamos partir.

Llegamos después a Campeche, la ciudad desolada, las maestras, sin embargo, se mostraron alegres y los estudiantes del Instituto hicieron gala de buena oratoria y de trato cordial. Muy bellas las mujeres y muy despejados los hombres. ¡Cómo dolía ver las casas desiertas por la pobreza que causa emigraciones periódicas, no obstante que la selva fecunda del trópico invade la misma piedra que el hombre ya no sabe guardar!

A Mérida la dejamos ebria de su locura optimista.

Los maestros, a falta de sueldo oportuno, recibían buen trato y pasajes de excursión que se cargaban a la bancarrota ya catastrófica de las vías férreas. Saltando con el desorden de los recuerdos, pienso en un viaje anterior que dejó grabada en nuestras almas una noche de humilde regocijo en la Normal de Maestros de Querétaro: un recibimiento cordial de los maestros de Colima: una velada espléndida de los maestros de Guadalajara, y muchas ilusiones que quedaron temblando en Aguascalientes, en Zacatecas y en Guanajuato, en todo sitio donde hubo maestros, porque todos hicieron suya la empresa de crear una Secretaría de Educación Pública.

Figuras de maestras que pasan por mi memoria en vagos desfiles que el ensueño deslíe, rostros que pudieron ser de novias, que pudieron ser de amantes, pero se han alejado, y ya sólo son de hermanas. Maestros caducos y vencidos, que son tantos y están abandonados por todos los pueblos y ciudades. Maestros jóvenes que afanan y sueñan, hermanos en la lejanía de lo que se va volviendo el pasado; cada vez que yo pienso en la patria serán ustedes los que le presten rostros. Será, también, en ustedes, donde ponga la fe que vacila y no halla sitio donde asentarse.

Lo digo sin reservas y seguro de que no diré lo mismo mañana de otra clase social; si no fuese por el alma cristiana y ejemplar de los maestros, ya hace mucho tiempo que no tendría fe en la patria. Es claro que hay en todo país muchas gentes humildes, laboriosas y honradas, que son su médula y también lo más puro de su alma; pero yo me refiero en este instante a las clases organizadas o definidas y en todas ellas encuentro que unas, las altas, nada pueden hacer por su egoísmo, las humildes tampoco por su ignorancia; en cambio, el maestro está llamado a papel decisivo, porque posee las dos virtudes fundamentales: ilustración y abnegación. De momento, el maestro carece de fuerza, pero posee ya todo lo que es necesario para conquistar el porvenir. El maestro vive en estos instantes su época heroica; no se le toma en cuenta. No es dueño del momento, pero el momento va sin rumbo, como presa ruín que se disputan los mediocres, justamente porque no se ha adiestrado a las masas en el concepto de sus verdaderos intereses sociales. Si persevera y cumple de veras su misión moral, tarde o temprano el maestro reemplazará en el mando al soldado y entonces comenzará a civilizarse México. No dejéis, pues, caer las manos en señal de impotencia; ni el pensamiento

se doblega, ni la virtud se rinde. Las armas nobles conquistan los fines eternos; la conciencia clara posee la visión de este mundo y del otro. La cuestión de este mundo ya la ha abordado el maestro de México, cuando ha ido a enseñar por toda la República que para poseer es necesario trabajar, y que el trabajo debe proponerse la producción de riqueza. Eso ha ido enseñando por todo el territorio la escuela del trabajo, la escuela de la acción que dice: crea y disfruta y que tu hermano trabaje y sea feliz.

Pero las cosas de este mundo no se resuelven sin la inspiración, ni la ley de amor que viene del otro. No basta producir y ahorrar si todo ha de estar a merced de la injusticia, la ambición y el error. Entonces, ¿qué es necesario hacer para superar la barbarie, para que los débiles ya no sean víctimas, para que los fuertes ya no empleen con torpeza o en beneficio propio su fuerza? ¿Cuál debe ser el complemento moral de la escuela de la acción, que hasta ahora sólo enseña a producir? Examinemos tan fundamental asunto, ahora, justamente en este aniversario que es en nuestra carrera como un alto para corregir la brújula y orientar el rumbo. ¿Cómo evitar que la fuerza colectiva se desvíe y se malgaste; se prostituya y se derroche en manos de los ineptos o de los egoístas y perversos? No diré cuál deba ser la solución del ciudadano, porque es ocioso tratar de derechos y deberes allí donde no hay ciudadanos. Inútil resulta, por lo mismo, pensar en una solución inmediata. Laberinto sin salida es el instante, mas precisamente el maestro debe preparar las soluciones eficaces, aunque sean lejanas. El buen maestro ha de ser un tanto loco, porque si fuera cuerdo, cuerdo y honrado, tal vez se pegaría un tiro. El buen maestro tiene que poner confianza en la generación venidera, si la actual la ve perdida. El buen maestro, aunque carezca de fe, ha de inspirarse en una especie de sentido de limpieza, que condena la mentira y repudia la maldad. Y ya sea fríamente, con la fría lucidez implacable de un gran dolor o con el cálido entusiasmo de una pasión radiante, el maestro tiene que ponerse a revisar todos los valores sociales, tiene que retroceder a los comienzos, tiene que desgarrar la historia, para rehacerla, como va a rehacer a la sociedad. Rehacer la moral, rehacer la historia, sólo así podrá evitarse que los niños de hoy repitan mañana las historias del día.

¿Conforme a qué criterio se hará este nuevo juicio de los hombres, esta revisión de los valores sociales? Ofrezco desde luego una fórmula quizás incompleta, pero eficaz y sencilla: «No hay más que dos clases de hombres: los que destruyen y los que construyen». Y sólo hay una moral, la antigua y la eterna que cambia de nombre cada vez que se ve prostituida, pero se mantiene la misma en esencia. Hoy, de acuerdo con los tiempos, podríamos llamarla la moral del servicio. Según ella, habría también el hombre que sirve y el hombre que estorba.

Aplíquese esta pauta no sólo a la historia, sino a todas las gentes, al gobierno y al pueblo. Llamemos servicio a todo rendimiento destinado a los otros, y

reconozcamos que sirve aquel que produce un poco más de lo que consume, y el que da un poco más de lo que recibe. Agreguemos que no sirve, no sólo el que nada produce, que bien puede ser un simple haragán, sino que no sirve tampoco el que acapara, ni el que crea, pero guarda con avaricia su producción. No sirve, aunque deslumbrado de pronto, el que después de un balance justiciero, resulte culpable de haber disminuido la riqueza o de haber limitado la libertad de los hombres. No transigimos con la tiranía, aunque pudiera dar mucho pan; queremos el pan, pero también defendemos el alma que no puede vivir sin libertad. Abramos conforme a este criterio el libro de la historia y tendremos que comenzar a escribirla de nuevo.

Constructores y destructores. Consumemos la reforma de la enseñanza de la moral y de la historia, conforme a estas dos categorías. No se trata de una tesis irreal sino muy humana y práctica. No exige santidad, pero sí obras útiles. Si el gobierno no es sacerdocio, debe ser por lo menos servicio. La clasificación aludida no excluye a nadie que haya aportado un esfuerzo para crear cultura. El mismo Cortés encuentra en ella cabida bien ancha. Le tacharemos sus crímenes sin perdonarlo y todavía después lo llamaremos grande. Grande, porque de reinos en pugna hizo una nación inmensa. Grande, porque fundó pueblos por el norte, por el sur, por el occidente y el oriente, por todos los confines de un vasto imperio. Grande, porque puso sobre el mar barcos para consumir la empresa maudita de descubrir y colonizar las dos Californias. Constructor, gran constructor, ¿qué hombre de nuestra época ha poseído su empuje?, ¿quién ha hecho más para la integración de lo que hoy es México?

Otro de la familia es Netzhualecoyotl, que construyó casas y plantó bosques, fundó escuelas, renovó un reino y todo supo coronarlo con pensamientos nobles y cantos bellos.

Todavía antes habría que recordar a Quetzalcóatl, educador que hizo beneficios sin cuento y creó de su mismo fracaso una maravillosa leyenda. En seguida recordamos a Vasco de Quiroga, a Motolinia y Gante, arquitectos, pensadores y maestros, que crearon riqueza y educaron mentes, iniciaron industrias y orientaron pueblos que fueron, en una palabra, constructores. Tampoco sería posible negar el mérito de virreyes y arzobispos como Zumárraga y Antonio de Mendoza; ni a Luis de Velasco que dijo: Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo; ni a Revillagigedo que hizo justicia sin derramar sangre, y no acumuló fortuna propia, pero sí llenó la Colonia de edificios, de calzadas, de caminos y de progreso. Que se diga a los niños lo que hace cien años no se les enseñó, porque un partidismo estúpido lo veda tácitamente, y es que en el siglo XVIII y desde el final del XVII hubo en nuestra patria la civilización más intensa que entonces se conocía en América; que hubo entonces arquitectos y pintores y sabios y literatos y escuelas y universidades e imprentas. Si todo esto lo ignoramos, ¿dónde podremos encontrar la confianza en la propia raza, el orgullo que se necesita para levantar

obras? ¿Cómo podremos creer en nosotros mismos, si comenzamos negando nuestras raíces y vivimos en el servilismo de imaginar que todo lo que es cultura ha de tener etiqueta de importación reciente, como si nada valiese el esfuerzo de los siglos que han acumulado en este suelo, en diversas épocas, torrentes de civilización, que en seguida desaparecen, justamente porque no sabemos ligar el ayer con el presente y ni siquiera los esfuerzos todos de una sola época? ¿Y por qué no entrar valientemente a la crítica de todo ese siglo primero de nuestra Independencia, que es como una orgía de vándalos? ¿Qué es lo que hemos hecho en este país, los mexicanos? Dejamos perecer a Hidalgo, el varón fuerte, justo y laborioso; a Morelos, el vidente; a Mina, el heroico, y en cambio, prostituimos nuestros primeros triunfos, coronando emperador a un bribón como Iturbide. Poco después, endiosamos a Santa Anna; pero no supimos imitar en sus austeras disciplinas a Juárez ni a Ocampo, ni a Lerdo y todas las libertades que ellos nos conquistaron las pusimos a los pies de otro traidor del progreso: el déspota Porfirio Díaz. En su gobierno México se quedó atrás de la Argentina y Brasil y no nos dejó más herencia que once años de lucha intestina, para remediar males que él sólo supo acrecentar. Y así nos hemos pasado el siglo, de caudillaje en caudillaje, gobernados por la violencia y corrompidos por la codicia. Todo esto hay que decirlo al niño para ver si el asco de nosotros mismos nos lleva alguna vez a consumir un cambio. En este día del Maestro que es una de las fiestas más puras del calendario oficial, dediquemos un recuerdo de afecto a todos los que en cualquier época y cualquiera que sea su sangre y origen, hayan dejado una huella benéfica, una obra, un servicio, en este suelo desventurado. Levantaremos así el ánimo público a la contemplación de los valores auténticos, y haremos de la escuela un refugio ideal de la verdad y del bien. Que la escuela deseche las falsas etiquetas de la política militante. Nada importa titularse liberal o conservador, o radical o bolchevique, lo que interesa es distinguir al que sabe del que no sabe, al que edifica del que derrumba, al que crea del que destruye. Lo que importa es condenar a los que no hacen y a los que nada intentan. No hacer es ya un principio de destrucción, si se considera que no hay obra humana que no requiera ser conservada con empeño, para que se renueve y perdure. La historia olvida las palabras, pero atiende a la magia de las obras; en esto pensaba hace poco tiempo al recorrer pueblos del Estado de México, donde ha quedado la huella de un gobernador de la dictadura, José Vicente Villada, que hizo caminos, edificó escuelas, plantó árboles, creó bienestar y demostró honradez. Meditando en esto me decía: este porfirista es más de los nuestros que tantos y tantos que se pregonan revolucionarios; él merecerá bien de la historia y es de los elegidos, porque es de los constructores. Lo mismo he pensado muchas veces de la obra de Justo Sierra, otro porfirista que en el desfile patrio ocupará mejor sitio que tantos y tantos que sólo saben ufanarse de que son muy revolucionarios.

De tanto mirarlo prostituido, he llegado a rebelarme contra el nombre de la Revolución. Revolucionario debiera llamarse el que no se conforma con la lentitud del progreso y lo apresura; el que construye mejor y más de prisa; el que trabaja

más bien y con más empeño; el que inventa y crea y se adelanta al destino. Revolucionario es el que sueña y realiza; el que levanta una torre más alta que todas las que había en su pueblo; el que formula una teoría social más generosa que todas las tesis anteriores y dedica su vida a lograrla; el que con sus obras aumenta el bienestar de las gentes. Revolucionarios fueron los creadores de la nacionalidad, no tanto porque rompieron lazos con España, sino porque constituyeron o quisieron constituir una patria más justa y más libre que la vieja colonia. Revolucionarios son también los que implantaron entre nosotros la libertad del pensamiento y desamortizaron los bienes de manos muertas; los que introdujeron la máquina de vapor y los ferrocarriles. Los grandes ingenios; los grandes organizadores de gobiernos y de pueblos, esos merecen titulares revolucionarios. Los que no más destruyen, no pasan de bandoleros. Los que no hacen ni deshacen son sólo ineptos.

Habéis querido que yo viniese a un local que es propio, para escuchar vuestras quejas, para dolerme de vuestros males; pero yo no he querido limitarme a padecer con los males del momento, que quizás se remedien mañana con un oportuno pago de decenas; yo he querido de una vez, entrar al examen de las causas fundamentales de este largo calvario del hombre de bien, no sólo del maestro, del hombre que edifica trabaja en este medio pobre y caótico en que todo esfuerzo puro parece que nace condenado de antemano al fracaso. Me pregunto dónde está la solución y vuelvo a repetirme que no la veo más que en ustedes; que no la veo en otro recurso más que en la reforma moral de la enseñanza. Primero es crear hombres y después se pueden ensayar teorías. Para crear hombres, es claro no quiero que se dé torcida interpretación a mis palabras, es indispensable que el problema de la riqueza social se resuelva leal y equitativamente, en forma justa y en forma práctica. Cuando la revolución exige esto la revolución es santa; pero la revolución está obligada a tener talento y a producir progreso. La revolución no es campo de matanza, sino sembrera germinadora y abundancia conquistada con el trabajo y la energía. La revolución es libertad, pese a los que siempre andan en busca de un tirano a quien cantar loas. La revolución pueden prepararla determinadas leyes de reglamentación de la riqueza o de organización del trabajo; pero sólo los maestros pueden consumarla, infundiendo en los espíritus la noción clara de los principios, sin alianzas con personalismos que los degradan, sin transacciones de conveniencia personal, que los corrompen. Sólo los maestros pueden crear esta generación salvadora, esta generación realmente revolucionaria, que ya no va a endiosar a los hombres, sino a exigir que se cumplan las leyes; que ya no va a jurar lealtad a los caudillos, sino lealtad a los principios, aun cuando por guardarlos se tenga que reñir con todos los hombres. Lealtad al deber, no a los hombres, eso es lo que ya grabaría en la puerta de cada escuela mexicana. Alianza con la justicia por encima de los partidos y por encima de las conveniencias.

Pero, ¿cómo van a poder ustedes, pobres maestros, sin fuerzas, sin recursos, comprender la cruzada de la redención moral de todo un pueblo? Yo sólo sé que

el milagro del espíritu no reconoce límites. Yo sé que si ustedes fuesen de pueblo en pueblo juntando gentes para la obra del bien, el pueblo respondería, y les daría poder, y los haría invencibles. Háganlo los jóvenes que aún no tienen familia y pueden sacrificar cuanto son para conquistar la alegría y la gloria. Haced de la educación una cruzada y un misticismo; sin fe en lo trascendental no se realiza obra alguna que merezca el recuerdo. El magisterio debe mirarse como una vocación religiosa; debe llevarse adelante con la ayuda del gobierno, si es posible; sin su ayuda si no la presta, pero fiándolo todo en cada caso a la fe en una misión propia y en la causa del mejoramiento humano.

El tono de mi discurso sería totalmente desolador y lúgubre si yo no tuviera una fe profunda en las virtudes humildes de que ustedes hacen derroche diario. Cuatro años he pasado entre ustedes, los más felices de mi vida, porque en ellos he gozado el goce profundo de ser útil aunque sea en una mínima parte. No sería sincero si no os confesase que a veces me he sentido impulsado y llevado como a la cabeza de un gran movimiento de liberación colectiva. Por nosotros pasó una flama sagrada en estos años que representan el mayor esfuerzo que haya realizado el país por su cultura en toda su historia. Una empresa vasta, que hemos ido desarrollando con el apoyo decidido del señor Presidente de la República y con el concurso de todo un pueblo; más aún, con el aplauso y simpatía de todo un continente. ¡Terrible responsabilidad si hemos despertado en vano a la esperanza! Todo malogrado ahora por falta de fondos; pero confiemos en que la tarea recomenzará más tarde con mayor empuje. En efecto, algo hay en el ambiente nacional; en la conciencia de los maestros mismos, que hace que estos momentos no se parezcan del todo, a pesar de la analogía aparente, a los instantes de amargura en que el alma de Quetzalcóatl mira que su obra se pierde en los ríos de sangre y desilusionado se ausenta. Hoy la conciencia colectiva sabrá inspirarse en Quetzalcóatl, cuya alma se multiplica en cada uno de los maestros. ¡Quetzalcóatl, el principio de la civilización, el dios constructor, triunfará de Huitzilopochtli, el demonio de la violencia y el mal, que tantos siglos lleva de insolente y destructor poderío! ¡Triunfará hoy o mañana, pero es el maestro quien tiene en sus manos la bandera inmortal!